

Gotemburgo,

Destino Final.

Diario de un exiliado boliviano

Mauricio Aira

Con la participación de:

Winston Estremadoiro

Capítulo Cuarto

Capítulo Quinto

Un libro electrónico de:



Noticias
bolivianas
.com

Contenido

Capítulo Cuarto	1
Bajo la protección de las Naciones Unidas	2
Deprimido e insolvente	3
Un difícil dilema	4
Suipacha y Corrientes	6
El primer trabajo de mi padre	6
Capítulo Quinto	8
El general Eufronio Padilla	9
Carta al dictador	10
Mi amigo el general Alfredo Ovando	11
Vaticinios de dos desterrados	12
Todos contra el dictador	13
Militares no gorilas	14
El general Emilio Lanza Armaza	15

Capítulo Cuarto

Bajo la protección de las Naciones Unidas

A las once de la mañana del segundo día de marzo, acompañado de Augusto Comte McDonald, llegué a las oficinas del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Su representante en Argentina era el ecuatoriano Roberto Rodríguez de las Casas.

Comte explicó que yo era un alto dirigente de la Democracia Cristiana en Bolivia, uno de los fundadores del partido. Mi actividad periodística había sido reprimida en mi patria, luego había sido detenido y después desterrado.

—No puede volver a su país pues el régimen militar que lo expulsó sigue aferrado al poder. Tampoco puede quedarse en Argentina, donde también corre peligro, y como carece de documentación sólo le queda el último recurso de acogerse a la protección del Alto Comisionado y con su ayuda escoger un tercer país para refugiarse—, puntualizó Augusto y yo corroboré el pedido con mis propias palabras.

Roberto Rodríguez dijo que habiendo sido presentada la solicitud formalmente, sólo quedaba aguardar una resolución para los refugiados en la sede de la ONU en Ginebra.

Al día siguiente de la visita a ACNUR, me pidieron tomarme unas fotos que se necesitaban para el documento de refugiado. En efecto, fui puesto bajo el amparo de Naciones Unidas, al mismo tiempo que me anunciaron haberse tomado igual determinación con mi familia en La Paz. Salí de las oficinas de la calle Laprida con el espíritu renovado.

Augusto Comte también dirigió una carta a Waldo Villalpando, un demócrata cristiano argentino a quién conocía, en estos términos:

"En febrero pasado, Mauricio Aira llegó a Buenos Aires desde Bolivia. Aira fue detenido y deportado a nuestro país. Lo he presentado y apoyado ante el ACNUR y está a punto de entrar en la categoría de refugiado. Luego confía en traer a su familia y radicarse un tiempo en Europa, en un país latino en cuanto sea posible. Le he comprometido todo nuestro apoyo y que en tal sentido te escribo a vos y a Franco".

Comte explicaba que yo era un dirigente de la Democracia Cristiana Boliviana, de 42 años, casado y con cuatro hijos. Que había dedicado muchos años al periodismo, especialmente al radial. Que en 1980 me desempeñaba en dos emisoras de Cochabamba; mi actitud democrática e independiente me había generado entonces un choque con García Meza, hecho que poco tiempo después del golpe militar de julio de 1980 me costó la detención y deportación. Mi última actividad había sido la de Gerente de la Cámara Boliviana de Hotelería.

"Se trata de un hombre de muy relevantes condiciones humanas, profundo conocedor de América Latina, con plenas aptitudes para desempeñarse en un primer nivel en cualquier actividad similar o afín a las que ha cumplido proficuamente. Su única dificultad es de orden idiomático, aunque tengo la certeza que, si fuera necesario, superará rápidamente este obstáculo.

El propósito de estas líneas es pedirte todo apoyo que sea posible obtener para lograr la mas pronta radicación de Mauricio y su familia en Europa, —te repito— en cuanto sea viable en un país latino".

La carta fue remachada con una llamada telefónica de larga distancia que abrió las puertas para una rápida decisión. Nadie podía oponerse ante tan contundentes razones. Pero el funcionario de ACNUR fue muy claro al señalar que se requería un mes para aprobar la asistencia financiera, dos meses para recibir el expediente y noventa días para presentar la solicitud a los gobiernos elegidos.

Fue un período corto en que Buenos Aires me pareció una ciudad hermosa. Podía mirar a mi alrededor con ojos optimistas, apreciar un sol que alumbraba con fuerza. La actividad era febril, la gente que volvía de sus vacaciones y el ritmo frenético de gran ciudad se advertía en

el transporte, en los almacenes, en calles y plazas. Por todas partes se veía agitación y aglomeraciones, especialmente en el metro porteño —el sistema de transporte subterráneo— siempre atestado de personas y marchando todos a un mismo ritmo, donde había que correr para evitar los empujones.

Curiosamente, rodeado de la opulencia de la city —como los porteños llaman al centro mismo de Buenos Aires— donde tiene lugar la vida financiera del país, y existen restaurantes y hoteles de gran nivel, una población cosmopolita, imponentes embajadas y ministerios, casi siempre me sentía ajeno a esa vida de incesante actividad. Mi mente no reparaba en nada que no fueran mis propias preocupaciones y las noticias de lo que venía ocurriendo en Bolivia.

Deprimido e insolvente

Dadas las circunstancias, iba y venía en vaivén sostenido la sensación de una eternidad de desamparo. Me ponía a pensar de nuevo en los míos, casi de un modo mecánico, aterrado por la idea de tantos meses sin mi apoyo. ¿Qué haría mi esposa?; ¿qué cosa podrían hacer mis pequeños hijos?

Me sentía al borde de caer sumido en una depresión. Flaco consuelo era escribir cartas anegado en lágrimas, que luego tenía que romper para empezar otras que no revelaran mi ansiedad ni la desesperación por una espera que habría de ser larga.

Luego se me vino encima la insolvencia financiera. Ningún dinero que se pagaba a la administración del hotel resultaba suficiente. Era una época de acelerada inflación y se daban casi diarias fluctuaciones de la moneda argentina en relación a la divisa extranjera. Como me aplicaban la indexación al dólar, terminaba pagando intereses de las sumas devaluadas a la fecha de la cancelación. Dicho en otra forma, los gallegos propietarios de aquel hotel de la Avenida Callao se estaban aprovechando de mi situación de urgencia y desesperanza: simplemente no podía terminar de pagar, por tanto no podía dejar el hotel y la cuenta crecía y crecía.

Aunque la situación fue expuesta ante los personeros de Naciones Unidas y, según recuerdo algún tiempo después la cuenta se pagó totalmente, hubo una instancia previa en que, primero, el hotel quiso quedarse con la valija, seguramente de garantía.

Un poco después, como para completar el cuadro de mis desventuras, una noche cuando después de un paseo llegué al hotel como de costumbre, me dijeron que mi llave había sido confiscada por el gerente.

—Hay orden de no permitirle el ingreso—, me dijeron. Ahora estaba en la calle, irremediablemente.

—Si alguien me hubiera explicado la forma de proceder de esta gente, habría evitado tantos problemas—, pensaba para mis adentros, —pero, ¿cómo un exiliado que ha sido extraído de su ambiente familiar y su rutina de trabajo puede aprender a vivir en un medio foráneo y extraño?

Contaba con una pequeñísima suma de ayuda diaria, diez dólares americanos. Con tal disponibilidad no se podía alquilar sino una cama de una habitación doble sin baño, lo importante era que fuese limpia y ventilada. No sin antes pasar una noche al sereno, durmiendo en un banco de la plaza Constitución y sintiendo hambre, mucha hambre, empecé la búsqueda de una pensión de mala muerte.

Encontré una cerca del Obelisco, con el rimbombante nombre de Hotel Cambridge. El hotelito estaba a tres cuerdas de las oficinas de ACNUR y a otras tres de la Embajada de Bolivia. Me dirigí allí con un compañero chileno que encontré en uno de los albergues de Naciones Unidas, cuyo aporte para cancelar la mitad del alquiler me caía de perillas.

Había implorado en el ACNUR porque la asistencia a mis seres queridos fuese de urgencia, allí en La Paz. Reflexionaba que si yo la estaba pasando mal por el delito de pensar y escribir

gracias al general García Meza, mi familia tenía que ser dispensada de mis agravios. Mis niños tenían que comer y ser atendidos prontamente. Con esta preocupación visitaba las oficinas de Naciones Unidas una y otra vez, insistiendo hasta el cansancio sobre la situación de mi familia. Un día me citaron para tratar de comunicarme por teléfono con la familia en La Paz desde las oficinas de Naciones Unidas. No fue posible. En otra oportunidad, me dijeron que viajaría a Bolivia una señora Gutiérrez funcionaria del ACNUR y que entregaría mis cartas personalmente. Entonces me puse a escribir a cada uno de mis hijos, confiando de que, ahora sí, las cartas llegarían a buen destino.

La primera misiva que escribí fue una larga carta a mi buena esposa Jenny.

"Cuando pienso que nuestra separación va para dos meses, desde nuestra despedida en el Palacio de Gobierno de La Paz, me entra tal angustia que quiero ponerme a llorar pero sin remedio. Invoco entonces la ayuda de Dios que del mal saca el bien, y que permite que todas las cosas sucedan para que nosotros aprendamos, creamos más en Él y nos amemos más.

Tu no puedes tener idea de cuánto les extraño, qué terribles son mis días de soledad, a veces deambulo por calles y plazas como un autómatas, sin atinar a nada, sin hallar una salida para esta situación absurda en que nos ha colocado el tirano García Meza. Sé que conservo la fe en Dios, la fe en ti, y en mis amados y pobrecitos hijos, despojados de pronto del cariño de su padre.

Dios es grande, porque como debes estar ya enterada, las Naciones Unidas nos han puesto bajo su protección desde el 3 de marzo pasado, lo que quiere decir que no nos dejarán abandonados, hasta que estemos otra vez reunidos y que pueda yo conseguir un trabajo decente en alguno de estos países donde iremos a radicar: Suiza, Francia, Italia, Canadá o Suecia. Que sea lo que su Santa Voluntad disponga.

Por el momento quiero decirte que me dan una ayuda de 10 dólares por día, que aquí alcanzan para tomar el desayuno y almorzar. Lo que quiere decir que un día debo tomar desayuno y otro no. Cuando lo tomo, no almuerzo y viceversa. Todo es tan caro aquí que te espantarías.

En La Paz, teóricamente deberías recibir 50 dólares por día. 10 por cada uno de ustedes, con lo que podrían aguantar hasta que se produzca la reunificación. El 12 de mayo próximo, expirará el plazo de 90 días de residencia como turista que me sellaron el pasaporte de hoja con que ingresé a la Argentina. Pasaré a ser ilegal y entonces mi situación será algo delicada. Por ello en tus entrevistas con la gente de Naciones Unidas pídeles que aceleren nuestra reunión.

Yo he tratado de hacer algo al respecto, pero un trabajo fijo y bien pagado no lo puedo conseguir sin documentos de residencia. Una denuncia me podría significar la salida de Argentina y por supuesto mayor número de problemas. Además, las Naciones Unidas no permiten tener un trabajo remunerado. Qué terrible, no queda nada más que sobrevivir con los centavos que te asignan.

Sigue al pie de la letra mis recomendaciones. No trabajes demasiado. Procura descansar todo lo posible, quiero que estés tan linda como siempre para cuando nos juntemos, te extraño y me sueño contigo.

Te cuento que Mario Guzmán, ministro de Comunicaciones del dictador, estuvo aquí. Es hermano de Edwin, tu pariente, y se portó muy bien y me regaló 100 dólares, sin que se los pidiera. El Embajador Padilla me invitó a almorzar dos veces a su casa, la última vez estaba allí el General Ovando y juntos conversamos largo y tendido..."

Un difícil dilema

Un día de esos hablé con Ana Manusor de la Iglesia Católica, que allí actuaba como una agencia de ACNUR. Me dijo que habían llamado de Ginebra preguntando por el caso del periodista, que no podía ser otro que el mío.

Cómo iba el trámite del periodista boliviano, se preocupaban, pero en los hechos nada

cambiaba, mi falta de recursos era alarmante. No podía comprarme un traje que necesitaba con urgencia. El sábado 4 de abril había escrito 4 líneas en mi diario: “soledad, dolores, alta temperatura, sensación de abandono y postración”.

Y luego, Dios es grande, al día siguiente, casi como en un poema sutil, lentamente, después de estar sumido en un largo sueño, desperté a las tres de la tarde. Me sentía etéreo, liviano. Tomé una prolongada ducha y salí a la plaza del Congreso, llena de niños, de palomas, de ancianos y curiosamente de sol. Muy a mi pesar, vestido de terno y corbata.

Al principio estuve solo, releendo las cartas de mis hijos que siempre llevaba conmigo. Más tarde encontré un hebreo, agregado comercial de la Embajada de Israel, y luego un italiano, cuyo nombre —Gregorio Roca— no quiero olvidar. Tres horas de hablar con él me convirtieron en su amigo. Me compró 6 moldes de pan, que comí uno tras otro, hasta dar fin con todos. Fueron mi único sustento en sesenta largas horas.

Por la noche, la hermosa fuente de agua y luces de color, describiendo figuras de todas clases, novios tomándose fotos, música clásica estereofónica en sus enormes parlantes, todo hermoso alrededor y por dentro esa sensación de soledad, de desamparo, del más completo abandono. Qué terrible es la desazón que provoca el exilio.

Quizás inspirado en éstas meditaciones depresivas, escribí otra carta más, ésta vez al Alto Comisionado, mostrando tremendo desconsuelo ante lo reducido de la ayuda, que con las devaluaciones frecuentes, había disminuido a entre seis y siete dólares por día, una suma realmente insuficiente para cubrir ninguna necesidad. Lo peor de todo era, la imposibilidad de mejorar los ingresos. Ningún trabajo, ninguna otra fuente de cooperación, nada.

Luego de exponer mi situación, retrotraje las circunstancias en que fui presentado a las oficinas de Naciones Unidas, la solicitud de protección presentada y la aceptación de ACNUR oficializada el 6 de marzo.

"Inhibido de ejercer tareas asalariadas por las leyes argentinas, no puedo tampoco regresar a Bolivia perseguido como estoy por los servicios de seguridad de la Presidencia de la República, por lo que pido a su autoridad que en ejercicio de las atribuciones que le confieren las Naciones Unidas disponga las facilidades para que pueda reunirme con mi familia (mi esposa y mis cuatro hijos) en éste u otro país antes del 12 de mayo, en que pasaré a la condición de ilegal, convirtiendo mi permanencia en la Argentina en muy delicada en cuanto a seguridad y ordenamiento jurídico se refiere.

Tengo que reconocer el gran esfuerzo que hace la ONU para atender nuestro problema humano, sin embargo debo señalar que debido a la magra ayuda de 6 dólares diarios, he tenido que reducir mis comidas a una por cada dos días y a tener por habitación una pocilga ”.

Como resultado de éste planteamiento, fui llamado de urgencia a una entrevista en las oficinas de las Naciones Unidas. La conversación duró más de dos horas.

Expresé a la asistente social, de nombre Silvia, que sentía verdadera necesidad de reunirme con los míos a la brevedad posible. Pero la oficina de Naciones Unidas no veía con agrado que pudiera traer a mi familia.

—Aquí en el ACNUR no deseamos que venga su familia a la Argentina porque entonces los problemas se multiplicarían, serían más bocas a las que dar de comer.

La reunificación familiar no se había de producir en Buenos Aires. De verdad deseaban cooperar facilitándome todo lo que fuera necesario. Pero que debía tener paciencia y no desesperar.

—Lamentablemente, no podemos hacer excepciones, la ayuda es igual para todos—, aseguró Silvia.

—Y en cuanto a los suyos, ya están recibiendo cooperación en La Paz. Queremos hacer todo lo posible para acelerar el trámite, de modo que no tenga que quedarse usted mayor tiempo aquí, y mandaremos su solicitud simultáneamente a Francia, Canadá y Suecia.

También se me informó que el envío de los formularios iría a demorar porque había que traducirlos a varios idiomas, etcétera.

Pero al otro día, después de viajar dos horas hasta la agencia local que me atendía en lo administrativo, noté que la ayuda había mejorado. Me felicité en lo más íntimo por haber expresado mi reclamo, especialmente después de comparar mi caso con el de otros refugiados que acudían allí.

Algunos de ellos, como los exiliados paraguayos, subsistían de esta ayuda desde hacía mucho tiempo. Tuve ocasión de charlar con varios. Resaltaba el caso de una madre con 5 hijos menores, que me confesó que ella trabajaba lavando ropa y ayudando en una casa y en otra y que la cooperación de ACNUR era para ella un ingreso extra.

Esa es la gran diferencia —pensé para mis adentros— esta buena señora puede trabajar, dormir en cualquier sitio, vestir como sea, claro que soporta mejor el trance de un obligado exilio.

Suipacha y Corrientes

A pocos metros del Obelisco, el centro neurálgico de la populosa ciudad de Buenos Aires, allí donde el bullicio alcanza su máxima expresión y el movimiento humano de los fines de semana se hace denso y compacto, está ubicado el Hotel Cambridge. En realidad era un alojamiento de baja categoría, eso sí, muy limpio, y desde donde podría movilizarme en mis periplos usuales con gran ahorro de tiempo y dinero.

Una estrecha habitación con dos camas, y baño externo de uso común, podía costar 150 dólares al mes. Como solución me asocié con un exiliado chileno de apellido Salgado, que se encontraba a la espera de una resolución del ACNUR para ingresar a la categoría de protegido, y que pasaba por una situación similar a la mía.

Salgado se mudó al cuarto y entonces la cuota parte del alquiler se hizo más llevadera. El chileno era cantante y guitarrista, de modo que tenía trabajo extra cantando en el Barrio de la Boca, donde hay una gran cantidad de cantinas que reúnen público entre las 8.00 y las 12.00 de la noche, especialmente a grupos de turistas de todo el mundo. El dinero que ganaba allí le permitía pasarla bien. La ayuda de ACNUR era extra, también en éste caso.

Nuestra habitación daba justamente sobre la famosa esquina de las calles Suipacha y Corrientes. A media cuadra de allí se encontraba la casa de departamentos donde vivió el Che Guevara durante sus estudios de medicina. A 100 metros estaba la placa recordatoria de Florida y Corrientes donde Carlos Gardel solía reunirse con Rubén Darío y Ricardo Palma.

Ahora teníamos un televisor en el cuarto, pero los programas de la televisión argentina estaban repletos de propaganda militar, tratando de mostrar color de rosa la situación del país.

Sin embargo de la propaganda, los problemas en Argentina aumentaban de número y tamaño. No habían soluciones porque no regía la democracia, se había despreciado esta forma de convivencia y se creía, igual que en Bolivia, que los gobiernos de fuerza tienen autoridad, que son una solución, que los cambios se pueden hacer desde el gobierno. ¡Qué equivocados que estaban!

El primer trabajo de mi padre

Encerrados en nuestra prisión idiomática, tal vez no nos dábamos cuenta que la cohesión familiar nuestra era más fuerte en Suecia, como si asediados por un mundo externo casi hostil por la incomunicación tuviéramos que cerrar filas entre nosotros. Nuestras charlas al caer la noche escandinava se volvieron una sagrada rutina. Mi padre presidía esos cónclaves familiares, en los que no sé si por cuarentón, o por el exilio, o por desear imbuirnos consciencia de nuestras raíces bolivianas, ya escarbaba el pasado tanto como escudriñaba el futuro.

En Potosí, 25 años antes de su exilio en Argentina, había empezado la carrera de periodista de mi padre. Nos había contado la historia muchas veces, en esas noches de familia cuando

todavía ajenos al medio, éramos como casi sordomudos en Gotemburgo al no poder hacernos entender o comprender lo que nuestros semejantes suecos nos decían en su idioma.

El viejo empezaba por rememorar a su ciudad natal, Potosí, ubicada a 4.090 metros sobre el nivel del mar. Declarada Villa Imperial de Carlos V en tiempos en que España era la mayor potencia por la extensión de su imperio y la magnitud de las riquezas que extraía de sus colonias, era una ciudad legendaria y rica:

—A mediados del siglo XVII cuando Buenos Aires tenía 40.000 pobladores, Potosí contaba más de 110.000 habitantes, ojo, más que Londres o París—, empezaba mi padre.

—Emporio de la plata, atrajo a miles de colonizadores, no sólo mineros sino artistas, escritores, ascetas, estudiosos que han dejado imborrables recuerdos de la grandeza de la época colonial, como su Casa de la Moneda y sus cerca de 100 templos urbanos.

Allí, un buen día, mi padre le preguntó al dueño de una radioemisora si podía pasar a comentar unos discos nuevos que su cuñado Jorge René Zelaya había recibido hace poco.

Gutiérrez, que así apellidaba el empresario radial, le dijo:

—Sí, claro que puedes venir, después de las nueve de la noche.

A esa hora, no había audiencia y en Potosí hace mucho frío. Allí estuvo, una y otra vez, modulando parlamentos que no eran otra cosa que la lectura de trozos de textos que aparecían en las tapas de los discos. Música hermosa, de Mantovani y su orquesta de violines, de los Hermanos Reyes, del Trío Los Panchos.

Al cabo de unas semanas, vino la proposición de Gutiérrez:

—¿Te gustaría leer las noticias? Ven a las ocho y junto a Ennio Rodríguez leerán comentarios y noticias locales.

Así fue. Esto ocurrió en 1956, y nunca más dejaría los micrófonos hasta el destierro que le obligaba a una forzada abstención después de 24 largos años. Sin temor a equivocarse se podía decir que había nacido para la radiodifusión.

Gotemburgo, mayo de 1987, Arturo Aira, estudiante universitario.

Capítulo Quinto

El general Eufronio Padilla

El general Eufronio Padilla siempre fue un hombre noble y correcto conmigo. Militar de distinguida carrera, había sido Director de la Escuela de Altos Estudios Militares, Ministro del Interior en el gobierno del general Ovando, alcalde de Cochabamba y embajador en Ecuador. En Cochabamba en el año 1966, en mi condición de director de Radio Nacional, había tomado la iniciativa de realizar una colecta para reunir fondos para comprar un Barco para Bolivia. Como tantos otros bolivianos, lejos estaba de imaginarme que la tal campaña fue un negociado que involucró a un criminal de guerra nazi que vivía en Bolivia bajo el nombre de Klaus Altmann.

El general Padilla era entonces la más alta autoridad militar en Cochabamba. Hicimos buenas migas. Qué curioso, le había entregado varios miles de pesos fruto de la campaña del Barco para Bolivia, que a mi entender no era otra cosa que un modo de mantener viva la idea del retorno boliviano al mar, avivando el sentimiento de injusticia por el despojo que cometió Chile con mi país al privarle de su salida al mar en 1879.

El general se sorprendió de verme en su despacho de la embajada boliviana. Se puso de pie y se adelantó a darme un abrazo.

—¿Qué hace usted aquí en Buenos Aires, querido Mauricio?

—Estoy exiliado, mi general.

—Exiliado, ¿y por orden de quién?, no puede ser, si todo el mundo sabe que usted es un buen boliviano.

—Así son las cosas, mi general. Su presidente me hizo detener y me expulsó de la Patria.

—Quiero que nos acompañe a la casa y almorzaremos con Isabel (su esposa, pariente del General Ovando) y entonces podremos conversar con mayor detalle.

Ante semejante trato, no tuve ningún cargo de conciencia, ni reparo alguno en trasladarme hasta el domicilio del Embajador. Fue un almuerzo muy bien venido, porque hacía días que no comía un plato caliente. Naturalmente, la sobremesa estuvo destinada a hablar de las circunstancias del destierro.

Y surgió un nombre, Faustino Rico Toro, brazo derecho de García Meza, Jefe de la Casa Militar y por quien Padilla sentía estimación.

—Descuide usted, Mauricio, yo le escribiré y le pediré aclaraciones, ya verá.

En efecto, tres semanas más tarde hubo respuesta y el Embajador me pidió pasar por su despacho. Allí me dijo:

—Tengo malas noticias para usted.

Leyó un oficio cuyo rótulo decía: “Casa Militar de Su Excelencia”:

—“En relación al pedido del periodista Mauricio Aira para regresar a Bolivia, debo decirle que aprovechando su condición de tal, ha desatado una campaña de desprestigio e intriga en contra de las Fuerzas Armadas, de lo cual es testigo el Sr. Presidente de la República, general García Meza...”

—Como usted verá, nosotros no tenemos mucho que hablar después de esto—, dijo el general y de ésta forma, por la infamia de Rico Toro, dio por concluída la entrevista, actitud que me dejó perplejo y anonadado.

Semejante conducta no era otra cosa que la confirmación de la villanía del dictador que se estaba vengando y estaba ratificando sus bajos instintos de odio y desprecio por sus semejantes. Qué le podía importar a un dictador la suerte de mi esposa, de mis hijos. La mía propia, sometido que estaba al hambre y a la indignidad.

En aquel momento no pude reaccionar inmediatamente. Solo farfullé que escribiría personalmente al Presidente para desmentir tal infundio, que sólo perseguía desprestigiarme ante amigos como el Embajador y que le rogaba despachar su carta por valija diplomática.

—Es mentira que yo haya desatado ninguna campaña contra las Fuerzas Armadas. Además yo escribí y dije cosas contra el grupo de uniformados que tomaron abusivamente el poder que corresponde a quienes el pueblo eligió: sus representantes.

Pero el Embajador abundó que había hablado al ex-ministro del Interior, Luis Arze Gómez, quién le reveló que el propio general García había dado la orden de su detención y destierro por el plazo de 90 días, pero que con ésta carta la situación se hacía muy difícil para mí.

¡Qué hacer! Sólo se me ocurrió buscar consuelo buscando a Augusto Comte. El amigo me remachó, una y otra vez, que no me preocupara, que éstas cosas ocurren en política y luego se olvidan cuando los gobiernos cambian. Una vez más, Augusto me dio apoyo moral y material; mi gratitud hacia el noble amigo era insondable.

Carta al dictador

Aquella noche no pude conciliar el sueño. A la mañana siguiente, muy temprano, escribí al dictador García Meza una carta que hasta el día de hoy no tiene respuesta. Usando el tuteo, como cuando habíamos sido amigos, le impetré:

"Tengo el honor de escribirte la presente a la espera de que le prestes atención, no obstante tus múltiples e importantes ocupaciones de Estado, en el entendido de que es necesario que yo pueda salir de la terrible duda que me atormenta en el destierro político.

Me acabo de enterar, luego de casi tres meses de haber salido de la patria en calidad de desterrado, dejando atrás familia y trabajo, que se adoptó esta drástica e inhumana medida contra mi persona, porque aprovechando de mi condición de periodista, habría desatado una campaña de desprestigio e intriga contra las Fuerzas Armadas, testigo de lo cual eres tú, el Sr. Presidente de la República.

Estoy seguro que semejante infamia no puede tener por testigo a mi ex-amigo el general García Meza, porque lo digo a fe de hombre bien nacido: **NUNCA HE TENIDO SIQUIERA LA INTENCION DE DAÑAR EL PRESTIGIO DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LA NACION**, lo cual tengo corroborado durante mis largos 22 años de actividad periodística en Potosí, Siglo XX, La Paz y Cochabamba.

Tengo testigos de los modestos servicios que, por el contrario, he prestado a la institución armada y al país, como ejecutor de campañas de prensa, misiones especiales, de asistencia permanente. Conservo notas, oficios, publicaciones de prensa, tarjetas y algunas cartas personales del Gral. Barrientos, a quién me ligó un parentesco espiritual y de quien me consideré amigo hasta el día mismo de su muerte y aún después, para evitar que su nombre fuera manipulado en favor de mezquinos y subalternos intereses.

Del general Bánzer fui un abierto opositor y por ello fui encarcelado a raíz de las acciones de Tolata. Más tarde, al cambiar el General Bánzer de actitud en un sentido positivo, me convertí en su colaborador y funcionario; lo propio puedo decir del General Pereda, que pudo contar con mi desinteresado aporte.

Qué decir de los generales Azero, Pérez Tapia, Torrelio, Céspedes, Sánchez, Padilla Caero, Eguino Claure o de los coroneles Ramallo, Baldi, Lanza, Mario Guzmán, Gary Prado, Raúl López, Jorge Rodríguez, Rodrigo Lea Plaza, a quienes conocí en el curso de mi trabajo periodístico, sea como conductor de programas de radio, maestro de ceremonias o simplemente cronista o redactor, lo que me permitió participar de todo tipo de reuniones en que primaba el interés nacional.

Es cierto que nunca fui un incondicional, como tuve oportunidad de manifestártelo personalmente el 26 de abril de 1980, cuando me buscaste por medio del coronel Arze Gómez en Radio Cosmos. También es cierto que expresé puntos divergentes con algunos jefes del ejército por asumir actitudes contrapuestas con el espíritu nacional en cuanto a la conducción política. No puedo negar que soy militante de la Democracia Cristiana desde hace 20 años, y

que muchas veces cedí paso al deber y las responsabilidades partidarias antes que al halago de los cargos públicos circunstanciales.

Pero de ahí a que se me considere un enemigo de las FF.AA, hay una gran distancia. Tengo la insoslayable obligación de negar absolutamente tal afirmación, que pretende perjudicar mi futuro político, colocándome en situación falsa e injusta ante la institución armada, muchos de cuyos miembros me conocen y saben que amo a mi Patria, que he dado muestras de patriotismo sea desde el Comité Pro Mar, la Junta de la Comunidad de Cochabamba, los Clubes de Leones. Tal como tú conociste bien en el tiempo que desempeñaste la jefatura de Estado Mayor de la Séptima División.

Estoicamente he soportado la humillación de mi apresamiento en las celdas del Servicio de Seguridad, del Departamento de Orden Político, del destierro y de todo lo que trae aparejado el castigo de estar fuera de la Patria que uno ama y por la que daría su vida, lejos de la familia y del habitat propio.

Inmerecidamente estoy sufriendo privaciones, angustias, hambre. Pero lo que no acepto es que se me tilde de antipatriota. Por lo cual, en aras de la amistad a la que un día hiciste alusión, y pidiéndote pensar en tu condición de padre y esposo, te solicito que se me concreten los cargos y se exhiban pruebas de las acusaciones generalizadas que motivan ésta carta.

Me resisto a creer que tu conozcas la verdad de todo este enredo y pienso, mejor dicho, quiero pensar, que todo se debe a un error, a una falsa apreciación o a informaciones distorsionadas que te hubieran hecho llegar.

Conoce el Embajador Padilla aquí en Buenos Aires, que no obstante las graves dificultades con que tropieza todo desterrado para poder subsistir, en una nueva demostración de civismo, me he resistido a escribir nada que, aunque verdadero, pudiera dañar aún más la imagen de Bolivia, tan venida hoy a menos."

Como es de suponer ésta carta a García Meza desde Buenos Aires jamás tuvo respuesta. La rutina en el destierro continuó, ahora sin el apoyo —al menos abierto y franco de antes— del Embajador Padilla, como era de suponer.

Mi amigo el general Alfredo Ovando

Cuando me encontraba en la casa del embajador Padilla, de manera casual me encontré con el general Alfredo Ovando, recién llegado a Buenos Aires de su prolongado exilio en Madrid. Reconociéndonos mutuamente, allí acordamos encontrarnos en los días subsiguientes.

Después de dos tenidas con mi nuevo compañero en el destierro, el azar me convirtió en un amigo de este militar afable que reconstruyó el Ejército boliviano después de la revolución de 1952.

La desgracia podía unir a dos personas tan diferentes. En fin, nos juntábamos para hablar de generalidades, acto seguido continuaron durante mucho tiempo en agradable tertulia, siempre dejando pendiente las ganas de continuar nuestras charlas.

El general Ovando había sido Presidente de la Junta de Gobierno junto al general de aviación René Barrientos Ortuño después de derrocar el régimen de Víctor Paz Estenssoro. Luego presidió las elecciones en las que René Barrientos salió ungido como Presidente Constitucional. Posteriormente surgieron grandes discrepancias entre ambos militares por la forma de ser tan diferente de ambos. Ovando era un hombre mayor, enjuto y parco de palabras, mientras que Barrientos era más joven, todo un cochabambino valluno, locuaz y casi alocado por lo audaz. Llegado a la presidencia, se rumoreaba que Barrientos había hecho lo imposible para alejar a Ovando del Ejército y hasta del país.

Luego le había tocado el turno en la presidencia al general Ovando. Cuando Barrientos murió en un controvertido accidente de helicóptero que más de uno achacaba a ese Tinino Rico Toro de tristes recuerdos para mí, el general Ovando había comandado el golpe militar al vicepresidente

Siles Salinas, quien había asumido la presidencia en forma constitucional.

Ahora el general Ovando se lamentaba:

—Aquí me tiene usted, Mauricio. De nuevo en el destierro y enfermo como me encuentro—, me confiaba.

La desgracia podía unir a dos personas tan diferentes. En fin, seguimos hablando de generalidades y quedamos los dos amigos de continuar nuestras charlas.

El general Ovando intentaba retornar a Bolivia de su largo exilio en España, cuando fue detenido en el aeropuerto bonaerense de Ezeiza e impedido de continuar viaje. Su camarada de armas y pariente, el general Padilla, le había dicho:

—Alfredo, es mejor para ti, por tu propia seguridad quédate en la Argentina. Yo te ofrezco la casa y mientras tanto podremos hablar con García Meza y conseguir las suficientes garantías para que puedas volver seguro a Bolivia.

Vaticinios de dos desterrados

Antes de tratarle y criarle aprecio, yo sentía admiración por el General Ovando. Primero por su obstinada actuación para que se hiciera realidad la instalación de la fundición de estaño, contra viento y marea, ante la negativa de los estadounidenses. Históricamente fue un acto de patriotismo que nadie puede poner en duda.

Su otro gran mérito fue la nacionalización de la Bolivian Gulf que explotaba los yacimientos bolivianos de petróleo con gran beneficio para los capitales norteamericanos. Fue casi un acto heroico no sin poca injerencia de Marcelo Quiroga Santa Cruz, salido de la prisión a ser ungido de Ministro de Minas e Hidrocarburos, que los buenos bolivianos aplaudieron sin retaceos, sin saber que la empresa norteamericana fue resarcida con creces por esa medida de gran efecto nacionalista.

—Los gringos nunca me perdonaron la jugada de instalar los hornos—, me había confesado en tono confidente. —La campaña por desprestigiarme llegó muy lejos. Es más, todavía después de tantos años, me siento perseguido y perjudicado.

Ovando estaba muy delgado.

—Tengo úlceras y me falta el apetito.

Tratábamos de caminar por las heladas calles de la zona central y nos sentábamos en los cafés y conversábamos muchas horas y sobre muchos temas.

Una mañana muy temprano llamó el general Ovando al hotelito donde me hospedaba. Cuando devolví la llamada, acordamos almorzar juntos sin demora.

—Me han prohibido regresar a Bolivia. Me han despojado de mi pasaporte, no tengo visa. Le he pedido a mi mujer que venga y veremos entonces qué hacer.

¿Cree usted, general, que lo de Bolivia puede durar largo tiempo?

—Yo creo que sí, que esto tira para largo. Vea usted el caso de Lanza, lo han dejado colgado.

Se refería a Emilio Lanza, un inteligente y progresista oficial joven que fue dejado de lado en el escalafón de ascensos y de quién nos ocuparemos más adelante.

—Además, se han cuidado mucho de preparar a cierta gente que ha tomado los mandos—, afirmó el ex-presidente.

Ya en confianza, le hablé casi con vehemencia de la necesidad de producir un pronunciamiento de todos los ex-presidentes, enjuiciando el momento actual en que el prestigio de la nación boliviana estaba por los suelos, por la identificación del régimen con el tráfico de cocaína.

Ovando respondió:

—Cree usted que ellos estarán de acuerdo? Nada se pierde con intentar un gran acuerdo, hay que salvar el nombre de Bolivia.

—Es cierto—, dijo, —quizá ahora que todos los ex-mandatarios están fuera de Bolivia, se pueda

hacer algo.

No sin razón, los del gobierno militar boliviano veían fantasmas por todas partes. Denunciaban una conjura internacional, de que la salida de Ovando de España coincidía con el movimiento de los ex-presidentes en Europa, en Venezuela, en Perú.

No estábamos muy lejos de lo que habría de suceder. Semanas después, muy temprano compré el diario Clarín en su primera edición. Lidia Gueiler, todavía Presidente Constitucional de Bolivia, había emitido una extensa declaración en Lima, Perú. El documento fue elaborado en una reunión de representantes de los partidos políticos bolivianos y era un llamado a la rebelión popular, incitando a la constitución de un frente de Liberación. Afirmaba que tanto Víctor Paz Estenssoro, del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), como Hernán Siles Suazo, de la Unidad Democrática y Popular (UDP), se integrarían al mismo.

Todos contra el dictador

La prensa de Brasil comenzaba a ocuparse más a menudo sobre mi país. Anunció a finales de abril, una reunión del frente amplio de oposición a García Meza. Lidia Gueiler, Walter Guevara y Hernán Siles Suazo se reunieron allí y estudiaron la situación boliviana para delinear un inmediato curso de acción. No habían huelgas en Bolivia, pero se advertían síntomas de graves e insalvables problemas que podían precipitar luchas fratricidas.

Los ex-mandatarios afirmaban que la orfandad de García Meza era total y se caracterizaba por el aislamiento internacional, la carencia de apoyo interno, una total ausencia de soluciones a los problemas nacionales, como ser la falta de productividad, la disminución alarmante del poder adquisitivo de los salarios, la reducción de los mercados de consumo, el aumento del contrabando debido a la corrupción y la deficiencia en los controles, la ineficiencia administrativa.

Y un lacerante inciso: la participación oficial del gobierno militar en varias facetas del tráfico de cocaína.

Los ex-presidentes afirmaban que no había una política internacional, ni programas económicos para ampliar la base financiera. Más aún se daba un aumento de la deuda externa por carencia del poder de amortización.

A los argumentos dados en el documento, yo mismo podría haber añadido: una falta total de libertades, represión dentro y fuera de las Fuerzas Armadas, aumento desmesurado de los gastos reservados y conculcación de la libertad de prensa con la rabiosa persecución a los periodistas.

El documento estaba destinado a la gran opinión latinoamericana. En Bolivia misma no se podían enterar del mensaje salvo clandestinamente, ya que la prensa local estaba amordazada. Los efectos del referido documento no tardarían en dejarse advertir en las organizaciones bolivianas. Pero en nuestro próximo encuentro hablamos de la obstinación del general García Meza por quedarse en el poder.

—Ahora está instrumentando a los campesinos y luego a los clases del ejército. Se refería a los estudiantes de la Escuela de Clases de Cochabamba, alrededor de mil soldados, para quedarse en el Palacio Quemado.

Ovando me sugirió aquel día, escribir una carta a Carlos Rodrigo Lea Plaza, jefe de la sección G-3 del Ejército, para dejar abierta la posibilidad del retorno.

La conversación volvía a girar en torno al Ejército.

—Hay algo que debe saber, Mauricio. El Ejército de tierra institucionalmente no está comprometido con el tráfico de narcóticos. No puedo decir lo mismo de algunos de sus miembros—, aseguraba el venerable anciano.

Entonces le corroboraba:

—Nunca he creído que así fuera, pero hay oficiales con mando de tropa y en puestos claves que sí

están comprometidos y esto me preocupa y por ello urge una clarificación ante el mundo. Los militares bolivianos no son pichicateros, le enfatiqué.

Hablamos del general Cayoja, del general Añez, este último de quien pensaba Ovando que podría ser un buen presidente, porque tenía una tendencia popular interesante.

Enterado el general Ovando de mi falta de trabajo y de sustento, se ofreció a conversar con el general Paz Soldán, representante de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB, la empresa estatal del petróleo boliviano) en Buenos Aires, con quien iba a almorzar un día de esos, promesa que quedaría sin cumplirse por el prematuro regreso del ex mandatario a La Paz. La primera vez que tomé noticia de Suecia fue a través del general Ovando. El enjuto militar se dejó caer en el Hotel Cambridge cuando yo aún dormía. Le abrí la puerta, todavía en pijamas: —Al parecer su suerte está echada, me dijo.

Poco más tarde, sentados en el café, prosiguió:

—Por lo que me acabo de enterar, usted saldrá a Europa. Yo desearía que se fuera a Suecia, ya que allí tengo unos compadres a los que he visitado y comprobado que viven bien.

Militares no gorilas

El martes 7 de julio de 1981 me puse en contacto con Emilio Lanza que se encontraba en Argentina huyendo de la persecución de García Meza. Se había levantado en armas en mayo en el CITE, el Centro de Instrucción de Tropas Especiales, de la poderosa Séptima División Aerotransportada de Cochabamba. Acordamos una reunión para el día siguiente.

Ese miércoles 8 de julio, muy temprano en la Embajada de Bolivia situada en la céntrica avenida Corrientes, me encontré sin proponérmelo con el embajador Padilla. Me recibió con entusiasmo y de buenas a primeras me propone que trabaje con él, es decir en la embajada, que tome a mi cargo las tareas de prensa.

Me aconsejó escribirle sin demora al Canciller boliviano y que le ofreciera mis servicios. Claro está que agradecí la inesperada gentileza del Embajador, pero estaba muy lejos de ofrecer mis servicios al dictador. Con todo, acordamos vernos de nuevo el día viernes y seguir conversando.

Emilio Lanza me recibió en el hotelito donde se alojaba con sus oficiales camaradas de destierro, situado a pocas cuadras donde yo mismo residía. Con Lanza estaban los mayores Luis Iriarte (hijo del general oriundo de Tarata, en el valle cochabambino), y el chapaco Adel Montero. Más tarde llegó el coronel Rolando Saravia que fuera ministro de Padilla, Carlos Mena quién fuera Jefe de la Casa Militar primero y más tarde ministro del interior del Gobierno de Natusch Busch que duró 15 días. Finalmente, luego se nos acopló el coronel Maldonado, quien resultara perseguido luego de levantarse contra García Meza a la cabeza de los cadetes del Colegio Militar.

En el calor de la charla, alguien habló por teléfono con el general Raúl Ramallo. Inmediatamente se me propuso presentar un esquema de gobierno alternativo al de García Meza, claro está como sugerencia periodística, que podría resultar muy interesante —dijeron— puesto que me informaron que el Estado Mayor clandestino del ejército boliviano sesionaría en Buenos Aires.

En los próximos dos días, para sorpresa mía me encuentro con nuevos oficiales bolivianos, entre ellos, los hermanos Galindo, quienes se decía que habían venido a Buenos Aires para planificar el retorno a Bolivia del coronel Lanza. En algún momento, Lalo Galindo me dijo que “parecía inevitable un baño de sangre promovido por la mafia de los “narcos”.

Eduardo y Fernando Galindo habían estado de acuerdo en un principio con el golpe de García Meza. Se habían desilusionado cuando vieron como se empezó a manejar el país. Lo que les puso en alerta fué el famoso negocio de las piedras semipreciosas de La Gaiba, una preciosa laguna ubicada en el Pantanal fronterizo con el Brasil, donde las antiguas afloraciones

geológicas del Macizo Brasileño habían concentrado espléndidos bolsones de piedras semipreciosas. Los tres miembros del Estado Mayor golpista presidido por el general García Meza se habían hecho conceder una inmensa propiedad donde se encontraban los filones, habiéndola puesto a sus nombres, cual si se tratase de una propiedad privada.

Usando el número que yo mismo le di, Lalo Galindo llamó por teléfono al Embajador Padilla, a quien ese mismo día había quedado yo de entrevistar. Testigo cercano de la conversación, al parecer el viejo general le reprochó porqué se había alzado en armas acompañando a Emilio Lanza, y escuché la escueta respuesta de Galindo:

—“Por el asunto de La Gaiba, Mi General”.

Pocos días después, el grupo de los quince oficiales rebeldes llamados “los quiteños” por cuanto su primer exilio fué en el Ecuador, fue retornando a Bolivia en forma clandestina en grupos de dos y de tres para continuar con la rebelión, esta vez mejor organizados y mejor planeada la toma del poder. Varios de ellos escribieron sendos relatos. “Mayo y después” tituló Emilio Lanza su libro producido con su hija Cecilia y que alcanzó gran difusión.

El general Emilio Lanza Armaza

Una de las primeras cosas que hice al llegar a Cochabamba, por encargo de mi padre, fue visitar al general Emilio Lanza Armaza. Este había sido el paladín de una oficialidad joven contraria a la toma del poder por un gobierno militar como el de Luis García Meza.

Me encontré con un hombre de estatura pequeña, cara de querubín y determinación de hierro. Emprendedor, era el próspero pionero de las agencias de seguridad privada que ahora abundaban en las ciudades bolivianas.

No sé si el éxito empresarial y la prosperidad material conllevan dosis extra de tensión, pero el general Emilio Lanza, salido indemne de conspiraciones y alzamientos, había sufrido hacía poco una crisis cardíaca. Llevado de urgencia al hospital militar de Cochabamba, que se supone uno de los mejores servicios médicos para los uniformados, había sido tratado con displicencia casi negligente por un cardiólogo que no supo interpretar el cardiograma. Apenas le salvaron llevándolo de emergencia a una clínica privada.

Pregunté a un general retirado:

—¿A qué atribuyes semejante error humano en el tratamiento del general Lanza?

—Bueno, respondió, —las Fuerzas Armadas de Bolivia son tan parte del país como cualquier otra institución. Si las ambiciones materiales y la corrupción han construido estructuras de exacción en otros estamentos de la sociedad como la Policía Nacional y la clase política, ¿por qué los militares habrían de estar al margen? Aparte de que los presupuestos son exiguos, los mandos castrenses succionan lo que pueden para enriquecerse mientras duran sus gestiones. El resultado es que los servicios para los militares —entre ellos sus médicos y hospitales—, son malos, con profesionales a medio cocinar y equipamiento obsoleto.

Gotemburgo, junio de 2000, Arturo Aira.